

el síntoma de un periodo de malestar, pero también de sueños y utopías en América Latina. Las 60 horas del rapto le sirven al periodista italiano para trazar la radiografía de un gigantesco desencanto. Los protagonistas de su relato no son terroristas, ni activistas políticos o miembros de organizaciones revolucionarias como en Oriente Medio o en otros puntos de Latinoamérica. Sus aeropiratas son taxistas, sastres, maestros, campesinos, aventureros, jóvenes con escasos recursos económicos para estudiar, vendedores ambulantes... Incluso futbolistas fracasados. *Ups*.

«Era verdaderamente sencillo secuestrar un avión», asegura Di Ricco. «Y una cosa que me sorprendió investigando estos casos es que ni siquiera para los pasajeros los secuestros eran algo demasiado grave. Mientras que en Europa solían ser muy violentos y sangrientos, en América Latina la historia era completamente diferente. La gente estaba feliz de viajar a Cuba, aunque fuera secuestrada».

Explica el autor que una de las primeras personas a las que entrevistó para escribir su libro fue a una mujer que a finales de los 60, siendo entonces una quinceañera, anunció un falso secuestro por el interfono del avión durante un viaje de fin de curso. «Todo el mundo quería ir a Cuba en aquella época, con mis compañeras de clase siempre lo decíamos: 'Ojalá nos secuestren'», le cuenta ella. La niña fue expulsada del colegio durante tres meses. Una década después la secuestraron de verdad en su casa.

«A los pasajeros que llegaban a Cuba en un avión secuestrado los alojaban en un hotel, al día siguiente les paseaban en bus por la ciudad y se volvían a casa cargados de regalos, libros de Gabriel García Márquez, ejemplares de *Alicia en el país de las maravillas* y propaganda castrista», explica Di Ricco.

Mientras las compañías de aviación se hacían cargo de los gastos de combustible, a los improvisados turistas colombianos los llevaban a escuchar salsa, a bailar en los mejores cabarets de la isla y a ver partidos de béisbol en directo. Todo a gastos pagados. Cero dramas.

Durante siete años de secuestros de aviones en Colombia sólo hubo un aeropirata muerto, unos pocos heridos y un mecánico de vuelo caído bajo los disparos de las fuerzas de seguridad colombiana. Así que la percepción del peligro entre el pasaje era mínima.

Tan mínima que durante uno de los asaltos, uno de los pasajeros le pidió prestado el cuchillo al secuestrador para cortar una piña que traía en la maleta. «La respuesta del aeropirata fue diplomática y astuta», escribe el periodista italiano. «A sus órdenes, señor, pero yo se la corto».

—¿En qué fue diferente el secuestro del Electra de todos los demás?

—Desde el punto de vista de los kilómetros recorridos, es sin duda el más largo de la historia. Y, por tanto, el que más atención mediática recibió. Hasta entonces, los secuestros eran tan habituales que al cabo de un día sólo ocupaban un breve en la prensa.

—¿Cuándo y cómo acaba esta edad del oro de la piratería aérea?

—Durante un tiempo hubo un efecto *copycat*, una plaga de imitación que disparó el número de secuestros. Incluso en España, en 1970, hubo un joven que intentó raptar un avión en Zaragoza porque quería viajar a Cuba. A partir de los años 1974, 1975, los secuestros empiezan a ser muy pocos, sobre todo porque empieza a haber acuerdos contra la piratería entre Cuba y el resto de países. Paradójicamente, gracias a estos secuestros se retomaron las conversaciones entre Cuba y los otros países de Latinoamérica porque tuvieron que sentarse a la fuerza para resolver el caos que tenían en el aire. Al final estos personajes un poco olvidados fueron importantes para restablecer las relaciones diplomáticas.

De aquella época quedan miles de anécdotas, los titulares más delirantes de la prensa colombiana y al menos una canción. En febrero del 69, un policía de Barranquilla se encerró con una pistola en la cabina del piloto. Entre el pasaje estaba parte del grupo musical colombiano Los Black Stars. Volaban a Medellín, pero acabaron también en Santiago de Cuba. En el camino de vuelta, los músicos se pimplaron todo el ron que les habían regalado en la isla y el cantante compuso una canción en su asiento. La llamó *El secuestro* y decía así:

«*Salimos de Barranquilla, salimos de Barranquilla, con destino a Medellín. El avión cogió otra vía, el avión cogió otra vía, yo no conocía el fin, y fuimos a Cuba sin pagar pasaje. Le dije a un cubano qué bueno otro viaje, y fuimos a Cuba sin pagar pasaje*». ■



EL SECUESTRO DE UN AVIÓN PARA HUIR DEL COMUNISMO: "FUE UN SUICIDIO COLECTIVO Y DESESPERADO"

En 1983 siete jóvenes georgianos secuestraron un avión para fugarse. "La URSS les usó de chivos expiatorios", denuncia un nuevo libro

Por **Andrés Seoane**

Al final, nada de todo aquello valió la pena», sentenció Tina Petviashvili en el documental *Bandits* (2003), que narra el malogrado secuestro aéreo que conmocionó a Georgia y al mundo soviético hace cuatro décadas. El 18 de noviembre de 1983 Petviashvili era una estudiante de arte de 19 años, casada el día antes con Gega Kobakhidze, de 22, uno de los actores más conocidos y prometedores del país caucásico. Ambos, junto con otros cinco amigos de la joven élite intelectual están a punto de embarcarse en el secuestro de un avión con el objetivo de desviarlo a Turquía y pedir asilo político para emigrar a EEUU. Pero nada saldría como planearon. La narración del secuestro y sus dramáticas consecuencias articulan la novela *Vuelo desde la URSS* (Navona), de Dato Turashvili (Tbilisi, 1966), que reconstruye el atentado y posterior juicio, así como la vida de estos artistas, actores y médicos que se embarcaron en un descabellado plan que parecía «un desesperado suicidio colectivo».

«Eran jóvenes de clase media, algunos con padres conocidos, pero querían escapar de la URSS porque tenían sueños de libertad y democracia. Soñaban con otra vida y decidieron actuar», explica Turashvili. «Y no fueron los únicos. Hubo muchos que cruzaron a nado a Turquía, por lo que la URSS usó a

Los novios y futuros secuestradores Tina Petviashvili y Gega Kobakhidze. DATO TURASHVILI

estos muchachos como chivo expiatorio para mostrar las consecuencias de huir del régimen».

Cuatro pistolas y dos granadas que ni funcionaban eran las armas que colaron gracias a la laxitud del control. En el avión, con 57 pasajeros y siete tripulantes, todo lo que podía torcerse, se torció: un agente del KGB estaba de guardia en la cabina, los pilotos no cooperaron al recibir órdenes de Moscú de que si desviaban el rumbo los derribarían... No obstante, los jóvenes siguieron con el plan. El resultado: piloto, copiloto y una azafata muertos, así como el secuestrador Gia Tabidze. Otro de ellos, Soso Tsereteli, recibió una herida en la garganta por la que fallecería en el hospital. Y al ver que los pilotos habían aterrizado de nuevo en la capital georgiana, uno de los secuestradores se suicidó. El resto, los hermanos Paata y Kakha Iverieli, ambos médicos, y Gega y Tina, siguieron con el plan. A la mañana siguiente, fuerzas de asalto especiales soviéticas entraron en acción, los secuestradores no se defendieron y el avión recibió 108 impactos de bala. La aeronave fue convenientemente destruida y meses después los jóvenes fueron juzgados. «Realmente no fue un juicio, sino una campaña de linchamiento», dice Turashvili.

El gobierno emitió en esas fechas un documental, *Los criminales*, repleto de información falsa e interesada. «Los soviéticos los vigilaban y sabían lo que planeaban, pero Moscú decidió dejarles hacerlo y usarlos como ejemplo», sostiene el autor. «La pena de muerte fue un mensaje para todos en la URSS: así termina su vida quien desea escapar».

Gega y los hermanos Iverieli fueron condenados a la pena de muerte y Tina a 15 años de prisión. Cuando lo normal era que las sentencias tardaran años en aplicarse, esperando el visto bueno del Kremlin, estos prisioneros fueron ejecutados sólo un mes y medio después, el 3 de octubre de 1984. No hubo anuncio oficial ni se avisó a las familias, pero la noticia se extendió con premura. Así, la fantasía ingenua de una fuga hacia Occidente se convirtió en una pesadilla que dejó una huella indeleble en la psique de los georgianos.

Como cruel paradoja, poco después comenzó la famosa *perestroika*, la URSS se desintegró y Georgia se convirtió en un país libre. Irónicamente, uno de los artífices de este cambio fue Eduard Shevardnadze, ministro de Exteriores con Mijaíl Gorbachov, líder del PC de Georgia en el momento del secuestro y «uno de los grandes culpables», para el autor. «Fuera del país fue popular, pero no aquí. Muchos creen que usó el juicio para acceder a un sillón en Moscú. ¿Por qué cuando intelectuales y científicos georgianos recogieron miles de firmas contra la ejecución, él los detuvo?».

Con la llegada de la democracia, Tina salió libre y en 1992 emigró a Grecia, donde vive como artista. Sin embargo, los restos de su marido y sus amigos, salvo los de Soso, que fue enterrado aparte por morir en el hospital, nunca aparecieron. «Ni lo harán. A 50 kilómetros de Tbilisi hay un campo donde están enterradas juntas, sin ataúdes ni señales, todas las víctimas del régimen soviético desde 1921», dice Turashvili. Para él, el mensaje de estos jóvenes está claro: «En Georgia, aunque algunos siguen comprando el discurso de que eran criminales y terroristas, especialmente los jóvenes los ven como héroes. En cierto sentido son ambas cosas, pero ante todo son víctimas de la lucha por la libertad». ■

"LA PENA DE MUERTE FUE UN MENSAJE PARA LOS JOVENES DE LA URSS: ASÍ TERMINA QUIEN INTENTA ESCAPAR"